

PRIMERA PARTE: 1830-1930

Capítulo I

La gran expansión

a) *La economía reclusa*

1

Desde el punto de vista económico, la característica primordial del sistema productivo chileno durante la Colonia fue su reclusión. Aislada por completo de los mercados más dinámicos de Europa, que ya habían iniciado con vigor su expansión fabril, sólo contaba con el incentivo de la restringida demanda de España y de algunas de sus colonias americanas, como Perú y Argentina. El régimen colonial

»descansaba sobre la doble base de que estos países debían mantener relaciones comerciales y políticas únicamente con la madre patria y que no sólo los hombres sino que también los productos peninsulares debían ser preferidos a los hombres y productos americanos¹.

Aparte de su aislamiento de las grandes corrientes vivificadoras de la economía mundial, el desarrollo económico chileno estaba condicionado por otras circunstancias, también procreadas por el sometimiento a una metrópoli en decadencia y que había quedado material y socialmente al margen de las transformaciones que sacudieron primero a Gran Bretaña y después a Francia y que, en general, desviaron el curso y las formas tradicionales en casi toda Europa.

2

En primer lugar vale la pena destacar la calidad y el ánimo del español trasladado a América hispana.

¹ Amunátegui S., »Las encomiendas indígenas en Chile«.

»La España —dice Cruchaga Montt— no dio ni pretendió dar una industria.

El soldado no llegó a convertirse en obrero.

Sufriendo una transformación considerable pasó a traficante de la obra ajena. Llegó a prescindir de la espada, pero la cambió, no por el martillo o el telar, que dan el producto, sino que por la balanza y la vara, que lo miden.

En España ocultó su miseria bajo su capa envejecida. En Chile recibió la producción forzada de sus encomenderos, a quienes no sabía dirigir, o a lo menos, se dedicó al cambio de productos ajenos a su arte².

3

La consecuencia más directa de la actitud y antecedentes económicos del conquistador fue la estructura agraria.

»Concedidas las tierras al favor y no al trabajo, hechas las concesiones en cantidades exorbitantes, que llegaban a veces a comarcas enteras; colocadas las tierras bajo la dirección superior de los encomenderos, que carecían de todo arte industrial, y trabajadas por indios de la mita a quienes faltaba interés en el proceso del cultivo, las propiedades territoriales de Chile no fueron durante todos los siglos de la Colonia sino vastas estancias en que se recibía tan sólo el producto natural y casi espontáneo del suelo³.

La minería vivió una existencia igualmente lánguida. A los españoles sólo les interesaban los lavaderos de oro. Los grandes recursos cupríferos apenas eran explotados por escasez de mercados. Es sintomático que una fuente principal de demanda fuera la fabricación de cañones y material de guerra.

²M. Cruchaga M., »Estudio sobre la organización económica y la Hacienda Pública de Chile«, 1878.

³M. Cruchaga, »Estudio sobre la organización económica y la Hacienda Pública de Chile«, 1878.

Salvo algunas artesanías basadas en la economía pastoril de ese tiempo,

»la industria manufacturera no tuvo existencia en Chile ni podía tenerla, atendidas las prescripciones de la Recopilación de Indias. A su desarrollo se opusieron conjuntamente la incomunicación absoluta en que el país se encontraba, su escasez de arte industrial y las prohibiciones legales«⁴.

4

En 1796, en un comentario que puede servir de sumen del panorama económico, un ministro de Hacienda representaba así el estado agrícola y comercial del Reino de Chile: que éste

»sin contradicción el más fértil de la América y el más adecuado para la humana felicidad, es el más miserable de todos los dominios españoles, teniendo proporción para todo, carece de lo necesario y se traen a él frutos que podría dar a otros«⁵.

b) *La Independencia abre las puertas*

¿A dónde no fuimos? Proveíamos con nuestros productos las costas americanas del Pacífico y las islas de Oceanía del Hemisferio Sur, buscábamos oro en California, la plata de Bolivia, los salitres del Perú, el cacao del Ecuador, el café de Centro América, fundábamos bancos en La Paz y en Sucre, en Mendoza y San Juan; nuestra bandera corría en todos los mares y empresas nuestras y manos nuestras trabajaban hasta el fondo de las aguas persiguiendo a la codiciada perla.

E. MAC IVER, *La crisis moral de Chile*

5

La independencia abrió las puertas de la economía chilena de par en par. Esa fue su contribución primordial

⁴Id.

⁵Representación de Diego de Gandoqui, citado por Daniel Martner en »Estudio de Política Comercial Chilena«.

al desarrollo económico del país. Y las fuerzas productivas reaccionaron con el mismo vigor que una sementera que ha estado agostándose por falta de agua. Sobra razón para repetir con Encina que el período que media entre 1830, cuando se consolida el armazón político, y el fin del decenio de Manuel Montt, constituye un lapso *»que no tiene precedentes ni ha tenido continuación en nuestra historia»*⁶. Los chilenos no dejaron pasar de largo las incitaciones suscitadas por nuevos mercados compradores y abastecedores. Las acogieron con una energía y una imaginación tan poderosas que a corto plazo colocaron al país a la cabeza del complejo latinoamericano y en un nivel que en términos relativos nada tenía que envidiar al de los emergentes EE.UU. o al de muchas naciones europeas del norte y del centro del viejo continente.

Como era natural y hasta necesario, el comercio exterior pasó a ser la fuerza motriz del sistema económico doméstico, ligando así el curso y avatares de nuestro desarrollo con lazos íntimos a las fluctuaciones de la economía mundial o, más concretamente, de los países rectores, sobre todo de Inglaterra.

La expansión del sector exportador no puede calificarse sino como espectacular. La estadística sólo permite registrarla a partir de 1844, pero basta anotar que entre ese año y 1860 se cuadruplicó el valor de las exportaciones, subiendo de 6 millones anuales a 25 millones, con un cambio que osciló entre 43 y 46 peniques. Vale la pena subrayar el carácter variado de esas ventas. Entre 1844 y 1880, los productos agropecuarios significaron en promedio un 45 por ciento del total⁷.

6

La actividad minera aportó la contribución más sobresa-

⁶F. Encina, *»Historia de Chile«*. Editorial Nascimento.

⁷F. Encina, *»Nuestra Inferioridad Económica«*. Editorial Universitaria, 1955. Nueva reedición en 1972.

liente al gran »salto« motivado por la demanda de mercados expansivos. Chañarcillo (1832) y Caracoles (1870) marcaron los hitos propulsores del auge. La producción de plata se multiplicó seis veces entre 1840 y 1855. La de cobre creció de unas 6.500 toneladas en los años 1841-43 hasta alrededor de 50.000 toneladas en la década de 1860, cuando las entregas chilenas alcanzaron a representar más del 40 por ciento de la producción mundial, abasteciendo alrededor del 65 por ciento de las necesidades de la industria y el consumo británicos.

El crecimiento agropecuario no le fue en zaga. La producción se quintuplicó en el período 1844-1860.

»Se estima que en el año 1842 la superficie explotada era de 247.000 cuadradas aproximadamente; treinta y tres años más tarde, en 1875, los terrenos en explotación cubrían alrededor de 815.000 cuadradas, es decir, representaban un aumento del 200 por ciento respecto a 1842«⁸.

Las exportaciones de trigo, que antes de la Independencia y a su principal mercado, el Perú, alcanzaban a unos 145.000 qm. en la década de 1850 estuvieron casi invariablemente por encima de los 300.000 qm⁹.

»La agricultura chilena, dice un concienzudo estudio reciente, reaccionó con evidente superación ante el estímulo externo que logró cambiar su orientación. La estancia pierde su importancia y aumenta, en cambio, el número de haciendas que se dedica al monocultivo del trigo. La economía triguera se impuso en desmedro de la economía pastoral«¹⁰.

⁸ H. Ramírez, »Historia del movimiento obrero«.

⁹ S. Sepúlveda, »El trigo chileno en el mercado mundial«.

¹⁰ Id.

El crecimiento económico del país y su respaldo, la estabilidad política, cimentaron sólidamente el prestigio de Chile en el extranjero. Un testimonio decidor brota de la comparación en las cotizaciones de valores sudamericanos en el mercado de Londres. Hacia 1842-43, los títulos chilenos del 6% se cotizaron entre 93 y 105; los de Argentina, a 20; los de Brasil, a 64; y los de Perú no tenían demanda¹¹.

7

Tras esta notable expansión del sistema productivo nacional hubo factores humanos e institucionales que en definitiva fueron sus antecedentes y causales decisivos.

En primer término aludamos a un elemento que tiene especial relieve porque no se repite en fases posteriores de la evolución económica chilena. Es la acción y presencia de una falange admirable de pioneros, cuyo espíritu de empresa admite parangón honroso con sus casi legendarios homónimos de América del Norte. Entre ellos, y siguiendo a Encina, mencionamos ese extraordinario cuarteto que formaron Diego de Almeida, José Antonio Moreno, José Santos Ossa y Tomás Urmeneta. Su actitud vital y sus proezas, que podrían ser una lección permanente de lo que puede lograr el chileno en un marco propicio, son poco conocidas por nuestra juventud, la cual, no obstante, en las aulas, debe memorizar largas nóminas de políticos, militares y también figuras, que hicieron mucho menos o nada por la Patria.

Es curioso el origen disímil de estos titanes del desierto. Almeida era hijo del célebre minero portugués Cayetano de Almeida, que había llegado a Chile a mediados del siglo XVIII. Era muy rico y sólo la fascinación de nuevos horizontes y experiencias lo llevó al norte.

»Exploró todo el litoral de Atacama. Exploró minas de cobre en Chañaral... minerales de oro en Taltal, y

¹¹D. Martner, op. cit.

vetas de plata en Cachinal. Se estableció a firme en Caldera y desde allí empezó a recorrer el desierto en todos sentidos, llevando junto con sus herramientas de minero, púas de sauce y de higuera, que plantaba en los oasis. Delgado, de mediana estatura, su vitalidad física era tan recia, que a los 75 años aún nadaba en el mar »como un chango del paposo« y dormía en el desierto en un hoyo cubierto con la arena de la excavación»¹².

José Antonio Moreno, un modesto dependiente de comercio en Copiapó, llegó a conocer la zona entre Chañaral y Mejillones como la palma de su mano. Sus antecedentes, anota Encina, los »brindó generosamente« el sabio Philippi encargado por el Gobierno de Montt para hacer una prospección general de los recursos de Atacama.

José Santos Ossa era hijo de una rica familia de Copiapó, pero igual que Almeida, dejó atrás las comodidades fáciles para salir a los 16 años a explorar el desierto. Su vida comercial fue una azarosa serie de éxitos y derrotas que no lo arredraron jamás. En 1866 descubrió la existencia de salitre en el Salar del Carmen.

»Don Agustín Edwards, su banquero —cuenta Encina—, decía que los negocios cesaban de interesarle, después que lograba consolidarlos, y su empeño era desprenderse de ellos para correr tras nuevas empresas«.

Sus proezas físicas podrían hacer la delicia de la muchachada que se entusiasma con las leyendas de »cow-boys«.

»Era tan grande su destreza con las armas de fuego que en una apuesta con su amigo predilecto, don Ben-

¹²F. Encina, »Historia de Chile«.

jamín Vicuña Mackenna, apuntó con su revólver por seis veces consecutivas a monedas de plata de 20 ctvs., lanzadas a cinco o seis metros de altura», «... se convirtió en un nadador insigne; gobernaba las balsas de cuero de lobo como un chango consumado; su dureza física, su resistencia al hambre, a la sed y a la inclemencia del desierto, asombraban aun a los mineros de profesión»¹³.

Urmeneta supera a los anteriores porque su actividad se proyectó sobre un campo mucho más extenso y variado. Nació en Santiago y esto quizás sea importante, estudió en EE.UU. y conoció bien Inglaterra. A los 23 años dejó las actividades comerciales que le ofrecían halagadoras perspectivas para radicarse en Coquimbo, donde se ligó a corto plazo con las faenas de beneficio de los bronces por el sistema Lambert, que él perfeccionó. Hizo dinero y desde entonces, a lo largo de duros 18 años, se dedicó a descubrir las vetas ocultas y profundas del legendario cerro Tamaya.

»Al fin, ... dieron con un rico clavo de metal de bronces morados de 60% de ley... que aún no se agotaba 60 años más tarde«. »Ni la fortuna ni la edad adormecieron el espíritu de empresa de Urmeneta —escribe Encina—. Fundó los establecimientos de Guayacán y de Tongoy, los más poderosos de América del Sur, y un poco más tarde, el de Lota. Contrató con Meiggs en \$ 700.000 el ferrocarril de Tongoy. Hizo venir de Europa y de EE.UU. los más hábiles químicos y administradores. Habilitó dos puertos en el norte, fundó un establecimiento carbonífero en el sur y adquirió una flota de vapores en Europa. Establecido en Santiago, fue el gran propulsor de casi todos los progresos que Chile realizó en el segundo tercio del

¹³ Id.

siglo XIX. Encabezó la empresa del ferrocarril del sur; introdujo el gas de alumbrado, e invirtió cuantiosas sumas en industrias que no lograron afianzarse: la fabricación de azúcar de betarraga, la de seda, la de paños finos, la de tejidos burdos de lana. En su hacienda de Limache propagó la viña y la arboricultura e introdujo el eucaliptus¹⁴.

8

El otro elemento, de orden, seguramente, más fundamental, proviene de las condiciones institucionales del período.

En esta materia se nos perdonará que comencemos por el examen somero de una cuestión que rebasa el campo económico, pero que es importante escrutar para adquirir una visión realista de los acontecimientos de ese tiempo.

En los escritos de los historiadores liberales e izquierdistas, casi sin excepción, las décadas llamadas convencionalmente conservadoras se presentan como un lapso de oscurantismo y regresión, simbolizado por lo común en la figura y gestión de Diego Portales.

El profesor J. C. Jobet, por ejemplo¹⁵, manifiesta en un divulgado ensayo que

»Portales fue el restaurador de la oligarquía colonial en el poder con el auxilio de los mayorazgos y la Iglesia... La dictadura portaliana significó la instauración de las formas coloniales bajo la aparente estructura republicana. La estática colonial trata de imperar ahogando el único bien efectivo que nos diera la emancipación: la conciencia política y cultural, el noble anhelo de superar la inercia y el atraso de los días coloniales«.

¹⁴F. Encina, op. cit.

¹⁵J. C. Jobet, »Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile«. Editorial Universitaria, 1955.

Lo primero que sobresale en estos y otros juicios similares que, a despecho de Encina, han dominado la interpretación de esos lustros, es su disociación manifiesta respecto a lo que sucede en el plano económico. En verdad, a veces da la impresión de que hubiera dos historias. Una del »techo político« y otra del substrato material y productivo.

La dicotomía resalta vistosamente hasta en las obras de los propugnadores de las tesis escarmenadas. El profesor Jobet, para mencionarlo de nuevo, describe así el cuadro económico de los decenios de Bulnes y Montt:

»... se producen diversos sucesos que vigorizan la economía. Desde 1845, más o menos, comienza a explotarse formalmente el carbón, debido a la labor de dos hombres de empresa: Juan Mackay y Guillermo Wheelwright... Posteriormente la economía recibe un nuevo impulso a raíz del descubrimiento de los terrenos auríferos de California, lo que produjo, junto a una gran emigración chilena hacia esa comarca, un apreciable aumento de la producción agrícola y manufacturera. Toda esa riqueza se vuelca en la realización de grandes obras públicas: se abren caminos, se construyen ferrocarriles... barcos a vapor recorren las extensas costas del Pacífico... el telégrafo abrevia las comunicaciones. Y la minería continúa siempre en aumento (págs. 14 y 15)... El progreso económico y técnico transforma las condiciones de vida. El auge de la minería... el desarrollo de las vías férreas y el aumento del comercio produjeron el enriquecimiento de numerosas familias que pasaron a constituir una nueva clase social, vigorosa y pujante, distinta de la aristocracia terrateniente (pág. 20)«.

Evidentemente, entre este panorama y la »estática colonial« de que nos habla el autor, no hay relación visible ni justificada. Hace falta, pues, buscar otras hipó-

tesis o interpretaciones que conjuguen más armónicamente la superestructura política y el basamento económico.

No parece aventurado suponer que los escritores que han convivido desaprensivamente con la disociación subrayada han pecado del error común de aplicar a la realidad preconceptos o cuadros perfilados a la luz de otras circunstancias, en vez de extraer del análisis objetivo de los hechos la sublimación conceptual adecuada.

Parafraseando un aforismo marxista cabría preguntarse cuál era el problema primordial que Chile, asomándose a la Independencia, tenía planteado y podía resolver en el nivel político. A la inversa de lo que pensaban los idealistas liberales, no era la implantación de una democracia »a la europea«. Y no podía serlo por la razón muy sencilla de que esa finalidad, con todas sus implicancias, es hija y expresión de una comunidad evolucionada y relativamente madura, en la cual el desarrollo económico capitalista ha suscitado transformaciones más o menos profundas en la estructura productiva y en los tejidos sociales correspondientes. Históricamente considerada, la cuestión de la democracia sigue y es consecuencia o por lo menos requiere cierto grado y tipo de madurez y diferenciación económicas. No puede antecederlo, por lo menos en su traducción moderna, porque en un sistema productivo colonial y de explotaciones pastoriles y extractivas primitivas, no han emergido ni »madurado« suficientemente los sectores sociales que la protagonizan. El »pueblo« del Chile infante, lo mismo que la »clase media« de ese tiempo, son categorías sociales que poco tienen que ver con las correspondientes de la sociedad burguesa o capitalista europea de aquella época e incluso con las chilenas de este siglo. (Volveremos sobre este tema más adelante y en relación a otra controversia de similar importancia).

La tarea primordial que estaba planteada a la comu-

nidad nacional en el momento de independizarse no era otra que la de crear un Estado; una institucionalidad apropiada; formas políticas y jurídicas que reflejaran o correspondieran al substrato económico-social existente y que permitieran desenvolverse al país dentro de cauces ajustados a las precondiciones.

A juicio del autor antes, citado, la creación política de Portales »significó la instauración de las formas coloniales bajo la estructura republicana«. No parece una tesis acertada. La verdad podría ser exactamente la inversa: que Portales estableció o delineó formas republicanas para la estructura económico-social del »viejo régimen«, que en esencia no cambió un ápice en su paso al estatuto de la Independencia, salvo en lo que atañe a la expulsión de algunos españoles. Sin lugar a dudas, para emplear una terminología corriente, Portales fijó un molde o armazón ajustado a los intereses de la clase dominante, la de los terratenientes y sus allegados urbanos, pero ¿podría haber sido de otra manera? ¿Existían acaso otras clases, otros grupos sociales, capaces de disputar o de compartir el poder con aquel segmento cuyo poder se asentaba en último término en la estructura y nivel de crecimiento de la economía nacional?

Por lo demás, no debe mirarse en menos la entidad del problema planteado y en buena medida resuelto por la comunidad chilena de esa época. La mayoría de las naciones latinoamericanas ha tenido que esperar hasta este siglo para superarlo y son varias las que todavía no lo vencen.

Por otra parte, y volviendo al centro de la corriente de nuestro tema, los hechos son elocuentes para demostrar que la solución política portaliana fue ventajosa para el desarrollo económico del país. No lo ahogó ni lo contuvo; por el contrario, no podemos dejar de considerarla como un factor substancial en el »gran estirón« del sistema productivo nacional. Agreguemos, sí, y esto también es

primordial, que proyectó nuestro crecimiento por una ruta y dentro de un molde perfectamente ajustado a su base social, que tendía a llevarlo al embancamiento posterior. Pero ésta es otra parte de la historia. Dejémosla como anotación y sigamos adelante.

9

El otro aspecto que cabe subrayar entre los elementos institucionales que constituyeron el trasfondo de la expansión productiva es el que atañe a la política económica de los gobiernos. Para enjuiciar y valorizar esta faceta hay que hacer un duro esfuerzo de imaginación a fin de colocarse en el cuadro de situaciones, actitudes y conceptos de la época, ya que sería absurdo caer en el consabido error de escrutarla a la luz de la experiencia y el desarrollo teórico que tenemos a nuestra disposición en el presente. Si nos ajustamos a ese ángulo, la política económica del período pone de relieve algunas orientaciones que, aunque débiles y a menudo inconstantes, admira que hayan emergido con tan clara intuición de su sentido y trascendencia.

En primer lugar aludamos a dos directivas sobre comercio exterior.

Ya en 1811, al decretar la libertad para comerciar por los puertos de Valdivia, Talcahuano, Valparaíso y Coquimbo, los gobernantes de la Independencia demostraron su comprensión de la urgencia de abrir el país al intercambio mundial. Pero es en 1835, ya cimentado el edificio político portaliano, cuando el Ministro de Hacienda, Rengifo, extiende la perspectiva en otra dimensión. Al disponer en sus leyes aduaneras la

»exclusividad del cabotaje para los barcos nacionales con absoluta exención de derechos; rebaja de derechos de internación equivalente al 10 por ciento de la mercadería extranjera introducida por buques nacionales

construidos en el extranjero y de 20 por ciento si el buque había sido construido en Chile¹⁶,

crea un sistema de protección y estímulo que transformó al país en la primera potencia marítima del Pacífico y que llevó la bandera nacional a todos los mares.

Por otra parte, hay que referirse al empeño, especialmente marcado en el decenio de Manuel Montt (1850-60), por gravar las ganancias extraordinarias y pasajeras de la bonanza minera a fin de *»aplicar el impuesto a la transformación de la atrasada economía nacional«*¹⁷, un objetivo que ha sido aspiración relevante de todos los estadistas y gobiernos progresistas, sin llegar a alcanzarse jamás plenamente. Sobre esta iniciativa, dice Encina que

»gracias a ese impuesto, que Barros Arana, Santa María, Lastarria y González exhibieron como muestra de la suprema ignorancia y de la inaudita torpeza de Montt y que la unanimidad de los economistas chilenos del siglo XIX calificó de grave atentado contra las leyes de la economía política, una pequeña parte de los millones que los Gallo y demás pioneros de la minería iban a gastar en palacios, muebles y caprichos fastuosos, inclusive revoluciones, se transformaron en ferrocarriles, telégrafos, escuelas, caminos, puentes y cien progresos más en la agricultura y las industrias de vida estable«¹⁸.

Pero seguramente el episodio sobresaliente de la política económica de esos decenios reside en el titánico esfuerzo de Montt por construir un sistema nacional de comunicaciones ferroviarias. »Contra viento y marea« impulsó la vía entre Santiago y Valparaíso y el tramo Santiago a Talca. Su propósito central era »dar salida al

¹⁶D. Martner, op. cit.

¹⁷F. Encina, op. cit.

¹⁸F. Encina, id.

mar a la zona agrícola más rica de Chile¹⁹, que en ese entonces hallaba grandes dificultades para responder adecuadamente a la demanda exterior, que parecía insaciable.

La audacia y visión de Montt para emplear los recursos y capacidad administrativa del Estado en el desarrollo ferroviario sólo puede apreciarse justicieramente teniendo en cuenta el hondo prejuicio que existía contra la intervención estatal y que llevó, como inevitable alternativa, a que casi en todos los países latinoamericanos fueran inversionistas extranjeros los que tomaron a su cargo la tarea.

Respecto a esta cuestión, y como anticipo de un tema que deberemos tratar más detenidamente en otras páginas, es necesario referirse a la curiosa y contradictoria circunstancia de que los elementos políticos e intelectuales que representaban la avanzada liberal y democrática de ese tiempo, estuvieron enconadamente en oposición a la política ferroviaria de Montt, lo mismo que hicieron, como vimos en una cita anterior, frente a las iniciativas para capitalizar por la vía fiscal las entradas excepcionales de la minería.

Una de las personalidades más cultas y representativas del ideario liberal, Mardal González, juzgaba de la siguiente manera la realización de Montt, reflejando un punto de vista que todavía late en algunos criterios actuales sobre estos problemas:

»Hay un hecho práctico e incuestionable... nuestros costosos ferrocarriles gubernativos no sólo no dejarán provecho como negocio remunerativo, sino que gastarán más y producirán mucho menos que otros ferrocarriles europeos y americanos, desde que aquí falta la gran masa de habitantes y la actividad productiva que debieran alimentarlos«.

¹⁹F. Encina, id.

Y resumía en sus conclusiones:

»Que nuestros ferrocarriles no han traído sino errores, desengaños y dispendios;

»Que la protección acordada por el Estado a las líneas de Valparaíso y San Fernando no ha sido más que un ensayo industrial arbitrario, un estímulo artificial e inútil, puesto que en menos tiempo y con menos costo los habríamos tenido hechos por el extranjero, sin necesidad de empeñar nuestro crédito y sin arrebatar a la angustiada industria nacional los capitales y los brazos que estaban vivificándola.

»... los que tenemos como empresas fiscales deben venderse a compañías de capitalistas extranjeros»²⁰.

10

Vale la pena recordar brevemente otros aspectos de la política fiscal del período por la luz que arrojan sobre los criterios y problemas existentes. Está, por ejemplo, la siguiente definición de lo que podríamos llamar la «filosofía tributaria» del Ministro Rengijo, que impresiona por su modernidad y por su distancia de muchos lugares comunes todavía en boga:

»Cuando entre nosotros el producto de las contribuciones se invirtiera en sostener el fausto de una corte corrompida, en saciar la codicia de avaros favoritos o enriquecer a clases privilegiadas, justo sería que la filosofía alzase su voz enérgica para confundir al opresor y vindicar los derechos de un pueblo inicualemente explotado.

»Pero si, lejos de hallarnos en tan deplorable situación, sólo contribuimos para costear beneficios comunes, de que cada uno es partícipe como miembro de la sociedad, harto inoportuno parece el lenguaje declamatorio con que se pondera el peso de las cargas públicas

²⁰ Marcial González, «Los FF.CC. chilenos y el Estado», 1865.

y la desgraciada condición de los contribuyentes de un país que sin duda es uno de los menos gravados sobre la tierra»²¹.

Por otro lado, ya en su memoria de Hacienda, en 1835, el mismo Rengifo llamaba la atención sobre los inconvenientes de la concentración de la propiedad agraria, e insistía en la necesidad de que el sector agrícola aportara una cuota adecuada de las entradas públicas. Así sostenía que *»si la agricultura chilena pagase... sólo un 10 por ciento efectivo sobre el producto total que rinden las tierras, esta única renta bastaría para atender todos los gastos del servicio público«*. Según Martner, el ministro calculaba la producción total agrícola en 40 millones de pesos. El diezmo que debía pagarse en ese tiempo habría significado, en consecuencia, cuatro millones, pero sólo deparaba entradas por valor de 348.753 pesos.

11

No escapó a muchos estadistas de la época la conveniencia de diversificar el crecimiento económico del país, estimulando, a la vera de las actividades primarias, el desarrollo manufacturero. El Ministro Camilo Vial, por ejemplo, en su exposición de Hacienda, en 1847, manifestaba:

»Lejos estoy de creer que un pueblo, para ser rico, necesita producirlo todo, pero sí estoy persuadido de que para ser próspero y civilizado necesita poseer una industria extensa y, si es posible, variada. ¿Qué han sido los pueblos puramente agricultores, y en la actualidad qué son? ... No hay pueblo en que la agricultura lo enseñoree todo y en que la esclavatura de la feudalidad muestre su faz odiosa, que no siga entre los rezagados de la humanidad«.

²¹ Memoria de Hacienda, 1843, citada por D. Martner en op. cit.

Sin embargo, estas declaraciones y la inquietud constante por el asunto que expresaron numerosas personalidades, no llegaron a traducirse en una política enfática de promoción fabril. *»Se creyó —como dijo Cruchaga Montt en su obra ya citada— que el país no estaba preparado, ni por sus capitales ni por su arte, para el desarrollo de la industria fabril, y queriendo darle una fácil provisión de los artículos de consumo y una expedita salida de los que él mismo elaborase, se marcó legislativamente la tendencia en el sentido de facilitar el comercio con los países extranjeros que pudieran proporcionar artículos de consumo a más barato precio. Fijada esta base, el país debía marchar desahogadamente, mientras la agricultura y la minería, fuentes de nuestros recursos para el comercio exterior, no decayesen en virtud de las influencias naturales que podían entorpecerlas«.*

El molde, pues, de la expansión y del desenvolvimiento económico proyectó definitivamente nuestro sistema productivo *»hacia afuera«*, asentándolo más que nada sobre las expectativas de las exportaciones primarias de la minería y la agricultura. Esta estructura, que se mantiene inamovible prácticamente hasta la gran crisis de este siglo (1930-32), imprimió el sello particular de nuestra evolución, y más adelante tendremos que referirnos a sus consecuencias y a los elementos que determinaron la negativa o fracaso para ampliar la base de sustentación y de progreso del sistema productivo nacional.

12

A despecho de esta última y, a la larga, fundamental limitación del proceso económico de esta primera fase de nuestra historia económica, nadie podría negar o subestimar el balance incuestionablemente favorable que arrojó para el país. Un concierto de factores humanos, materiales e institucionales lo arrancó de su modorra colonial y lo situó en la corriente del comercio mundial y en un nivel excepcional para el standard latinoamericano. Las

realizaciones logradas abonaron una psicología optimista que conviene destacar, sobre todo como un elemento de comparación y contraste con la que pasa a predominar posteriormente. De ella daba testimonio con ribetes líricos el Ministro Rengifo en una de sus memorias:

»Por todas partes las ciudades se dilatan y hermosean, el cultivo de la tierra prospera, las praderas se cubren de ganados y los campos de mieses; ricas y abundantes minas brindan con la donación espontánea, con los tesoros que ocultan en su seno; el comercio florece alimentado por centenares de buques que abordan sin cesar a nuestros puertos; nuevos ramos de la industria se naturalizan en el país; la población crece bajo la acción del más benigno clima; mejorada la condición del labrador y la suerte del artesano, penetran ya las comodidades de la vida hasta la humilde habitación del pobre«.